

Dificultades para la oración bien hecha

123. ¿No es a veces nuestra oración tan tibia, o más bien fría, y aún casi nula, o totalmente nula, que ni siquiera reparamos con dolor en ello? Porque dolerse de esa flojedad es ya tener oración (*de div quaest ad Simpl II,q.21*).

124. ¿Quién podrá contar la multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada todos los días nuestra curiosidad?... Porque cuando nuestro corazón llega a ser receptáculo de semejantes cosas y lleva consigo tan gran copia de vanidad, sucede que nuestras oraciones se interrumpen con frecuencia y se perturban; y mientras en tu presencia dirigimos a tus oídos la voz del corazón, no sé de dónde procede impetuosamente una turba de pensamientos vanos que cortan tan grande cosa (*Conf X,35,57*).

125. Observe cada uno su corazón y examínese sin adulación y sin halagos. No hay cosa más necia que halagarse y engañarse a sí mismo. Atienda y vea cuántas cosas piensa el corazón humano. Observe cómo los vanos pensamientos impiden muchas veces la oración, de tal suerte que apenas permiten elevar el corazón a Dios; y vea cómo esforzándose por retenerlo junto a Dios, huye en cierto modo de sí y no encuentra cárcel en donde encerrarse ni obstáculo alguno

con el que contenga sus distracciones y errantes pensamientos, y así permanezca dispuesto para ser alegrado por Dios. Con dificultad ocurrirá que no se dé tal oración entre muchas... Sin embargo, Dios es afable porque soporta nuestras miserias y, con todo, espera de nosotros la oración para perfeccionarnos; y, cuando se la dirigimos, la recibe con agrado y oye, y no se acuerda de tantas cuantas desaliñadamente y sin fervor le dirigimos, y recibe ésta única que apenas encontramos buena...

¿Hemos de desesperar del género humano y hemos de decir que ya ha de ser condenado todo hombre a quien orando se le hubiese introducido furtivamente algún pensamiento y le hubiese interrumpido su oración? En fin, como tenemos la esperanza puesta en Dios, ya que es grande su misericordia, digamos: *Alegra el alma de tu siervo, porque a ti, ¡Oh Señor!, elevé mi alma* (Ps 85,4). ¿Cómo la elevé? Como pude; como me ayudaste tú; como pude contenerla cuando huía. Se apartó de ti porque cuantas veces te presentaste ante mí —y juzga que habla Dios— pensaste tantas cosas vanas y supérfluas, que apenas me dirigiste una oración fija y constante. *Porque tú, ¡oh Señor!, eres suave y afable* (Ps 85,5): eres afable tolerándome. Por enfermedad decaigo; cura y permaneceré; consolida y me afianzaré (*in Ps 85,7*).

Dios sólo escucha al humilde

126. ¿Quieres tocar a Dios con tu oración? Humíllate... No vayas ni bajo la tierra ni a los montes. Sé humilde en tu corazón y Dios te levantará. Vendrá a ti y morará contigo en tu cubículo interior (*serm 45,7*).

127. *Porque el Señor oyó a los pobres* (Ps 68,34). Oyó a los pobres; no oiría a los pobres si no fuesen pobres (*in Ps 68,s.2,18*).

128. Él inclina su oído si tú no te engrías; se acerca al humillado y se aparta lejos del exaltado a no ser que hubiese exaltado Él mismo a quien se humilló. Él se halla arriba, nosotros abajo; Él se halla en la altura, nosotros en la bajeza, pero no abandonados... No inclina el oído al rico, sino al pobre y desvalido, al humilde y al que confiesa; al que necesita misericordia. No inclina su oído al hartado y al engreído, al que se jacta como si nada le faltase (*in Ps 85,2*).

129. ¿Qué poderoso, engreído y soberbio de la tierra se digna rogar humildemente a Dios? (*in Ps 10,3,s,4,16*).

130. Dado que la fe no es propia de los soberbios, sino de los humildes, *a algunos que se creían justos y despreciaban a los demás*, propu-

so (el Señor) esta parábola: *Subieron al templo a orar dos hombres. Uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo decía: Te doy gracias, ioh Dios!, porque no soy como los demás hombres (Lc 18,9-11). ¡Si al menos hubiese dicho «como algunos hombres»! ¿Qué significa como los demás hombres, sino todos a excepción de él... ¿Qué pidió a Dios? Examina sus palabras y encontrarás que nada. Subió a orar, pero no quiso rogar a Dios, sino alabarse a sí mismo; más aún, subió a insultar al que rogaba. El publicano, en cambio, se mantenía en pie a lo lejos (ibid 13), pero el Señor le prestaba su atención de cerca. El Señor es excelso y dirige su mirada a las cosas humildes. A los que se exaltan, como aquel fariseo, los conoce, en cambio, desde lejos. Las cosas elevadas las conoce desde lejos, pero en ningún modo las desconoce. Escucha aún la humildad del publicano. Es poco decir que se mantenía en pie a lo lejos. *Ni siquiera alzaba sus ojos al cielo.* Para ser mirado rehuía el mirar él. No se atrevía a levantar la vista hacia arriba; le oprimía la conciencia y la esperanza lo levantaba. Escucha aún más; *Golpeaba su pecho.* El mismo se aplicaba los castigos. Por eso el Señor le perdonaba al confesar su pecado: *Golpeaba su pecho diciendo: Señor, séme propicio a mí que soy un pecador (ibid).* Pon atención a quien ruega. ¿De qué te admiras de que Dios perdone cuando el pecador se reconoce como tal?*

Has oído la controversia sobre el fariseo y el publicano; escucha la sentencia. Escuchaste al acusador soberbio y al reo humilde; escucha ahora al juez: ...*En verda3 os digo que aquel publicano descendió del templo justificado, más que aquel fariseo.* Dinos, Señor, la causa. Veo que el publicano desciende del templo más justificado; pregunto por qué. ¿Preguntas el por qué? Escúchalo: *Porque todo el que se exalta será humillado, y todo el que se humilla será exaltado* (ibid 14)... Escuchaste la sentencia, guárdate de la soberbia (*serm 115,2*).

**«No hagáis como los hipócritas»...,
ni largos discursos**

131. *Dije al Señor: Tú eres mi Dios. Percibe con tus oídos, Señor, la voz de mi oración* (Ps 139,7). Esta es una sentencia sencilla y fácil de entender. Pero, con todo, agrada pensar por qué no dijo: «Percibe con tus oídos mi oración», sino que, manifestando más evidentemente el afecto de su ánimo, dice: *La voz de mi oración*, la vida de mi oración, el alma de mi oración; no lo que suena en mis palabras, sino aquello por lo que ellas viven. Los demás ruidos sin alma pueden llamarse sonidos, pero no voces... ¡Cuántos oran a Dios que no perciben a Dios ni piensan bien de Él! Estos pueden tener el sentido de la oración,

mas no la voz, porque allí no hay vida. La voz de su oración era la de éste que vivía, que conocía a su Dios y veía por quien era librado y de quienes (*in Ps 139,10*).

132. No con palabras debemos nosotros tratar con Dios para alcanzar lo que deseamos, sino con los sentimientos que tenemos en el ánimo y con la dirección de nuestro pensamiento acompañado de amor puro afecto sencillo; pero nuestro Señor nos enseñó con palabras las mismas cosas a fin de que confiándolas a la memoria las recordemos al tiempo de la oración (*de serm Dom in monte II,3,13*).

133. A ciertos intervalos de horas y tiempos oramos también vocalmente al Señor, para amonestarnos a nosotros mismos con los símbolos de aquellas realidades, para adquirir conciencia de los progresos que realizamos en nuestros deseos, y de este modo nos animemos con mayor entusiasmo a acrecentarlo. Porque ha de seguirse más abundoso efecto cuanto precediere más fervoroso afecto... A ciertas horas, pues, substraemos la atención a las preocupaciones y negocios, que nos entibian en cierto modo el deseo, y nos entregamos al negocio de orar; y nos excitamos con las mismas palabras de la oración a atender mejor al bien que deseamos, no sea que lo que comenzó a

entibiarse se enfríe del todo y se extinga por no renovar el fervor con frecuencia (*ep* 130,9,18).

134. *Asimismo, cuando oráis no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres (Mt 6,5).* No prohíbe aquí el Señor el ser vistos de los hombres; es superfluo el repetir tantas veces lo mismo habiendo ya una regla de guardar, por la cual se sabe que no se ha de temer y evitar que los hombres sepan estas cosas que hacemos, sino que se ha de evitar el hacerlas con la intención de buscar la aprobación de ellos como recompensa. Emplea el Señor aquí las mismas palabras, añadiendo... *en verdad os digo que ya recibieron su recompensa*, manifestando con estas palabras que Él prohíbe esto para que no se apetezca aquella recompensa con que se satisfacen al ser alabados por los hombres (*de serm Dom in monte* II,3,10).

135. *En la oración –añade el Salvador–, no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras (Mt 6,7).* Así como es propio de los hipócritas hacerse ver en la oración, y no obtienen otro fruto que la aprobación de los hombres, así también es propio de los paganos, esto es, de los gentiles, imaginar que a fuerza de palabras serán oídos; en verdad, toda abundancia de palabras

viene de los gentiles, que se ocupan más de ejercitar la lengua que purificar el corazón. Y se esfuerzan ellos en aplicar también este género de lenguaje frívolo en la oración para atraer a Dios, juzgando que puede uno inclinarle con palabras, como se induce al juez humano a dar sentencia. *No queráis, pues, imitarlos* –dice el único y verídico Maestro–, *porque sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes de pedirselo* (Mt 6,8). En efecto, si la multitud de palabras se emplea para instruir y enseñar al ignorante, ¿qué necesidad hay de ellas dirigiéndose al conocedor de todas las cosas, a quien todas las existentes, sólo por el ser que tienen, hablan y se presentan como obra suya, y aquellas que han de ser no se ocultan a su sutileza y sabiduría, a la cual así las cosas que pasaron como las que han de pasar están inmutablemente presentes? (*de sermo Dom in monte II,3,12*).

136. Siendo esto así, no será inútil o vituperable el vacar largamente a la oración, a saber, cuando otras obligaciones y actividades humanas y necesarias no nos lo impidan, aunque también en ellas... Hemos de orar siempre con el deseo. Porque no es lo mismo orar con locuacidad que orar durante largo espacio, como algunos piensan. Una cosa es un largo discurso y otra es un afecto sostenido...

Se dice que los hermanos de Egipto se ejerci-

taban en oraciones frecuentes, pero muy breves y como lanzadas en un abrir y cerrar de ojos, para que la atención se mantenga vigilante y alerta y no se fatigue ni embote con la prolijidad, pues es tan necesaria para orar. De este modo nos enseñan que la atención no se ha de forzar cuando no puede mantenerse; pero tampoco se ha de retirar si puede continuar. Alejemos de la oración los largos discursos, pero mantengamos una duradera súplica si persevera ferviente la atención. El mucho hablar es tratar en la oración un negocio necesario con palabras superfluas. En cambio, la súplica sostenida es llamar con una mantenida y piadosa excitación del corazón a la puerta de Aquél que todo lo creó por su Verbo humano (*ep* 130,0, 19-20).

La oración de los hijos de Dios

137. Quienes tienen algún pleito y quieren dirigir una súplica al emperador, buscan un hábil jurisconsulto que se la redacte, no sea que formule mal la petición y que, en vez de conseguir lo que pide, se encuentre el castigo. Los apóstoles querían dirigir súplicas, pero no sabían cómo presentarse al Emperador-Dios, dijeron a Cristo: *Señor, enséñanos a orar* (Lc 11,1). Tú, nuestro jurisconsulto; tú, el asesor, o mejor dicho, tú que te sientas con Dios en su mismo trono, redácta-

nos una fórmula de súplica. Y el Señor les redacta una fórmula del código del derecho divino. Y en esa fórmula les enseña cómo debían orar (*in Ioan 7,11*).

138. Por lo tanto, para nosotros son necesarias las palabras: ellas nos amonestan y nos permiten ver lo que pedimos, sin que se nos ocurra pensar que con ellas vamos a enseñar o a forzar al Señor. Cuando decimos *santificado sea tu nombre*, nos incitamos a nosotros mismos a desear que el nombre del Señor, que siempre es santo, sea tenido como santo por los hombres, es decir, no sea despreciado. Cuando decimos *venga a nosotros tu reino*, que ciertamente ha de venir, queramos o no queramos, enardecemos nuestro deseo de aquel reino, para que venga a nosotros y merezcamos reinar en él. Cuando decimos *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*, nos recomendamos la obediencia que Él nos exige, para que cumplamos su voluntad, como en el cielo la cumplen sus ángeles. Cuando decimos *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*, con la palabra *hoy* entendemos el tiempo presente, para el que pedimos lo necesario, es decir, lo que nos es indispensable y que designamos con el nombre genérico de pan; o, en otros términos, el sacramento de los fieles que necesitamos en esta vida, no para conseguir la felicidad de este mundo sino la eterna. Cuando decimos *perdónanos nuestras*

deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, nos obligamos a recapacitar sobre lo que pedimos y sobre lo que hacemos, para que merezcamos recibirlo. Cuando decimos *no nos dejes caer en la tentación*, nos animamos a pedirlo, no sea que, careciendo de la ayuda divina, sobrevenga la tentación y consintamos seducidos o cedamos afligidos. Cuando decimos *mas libranos de mal*, nos excitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno. Y esto último que se dice en la oración dominical abarca tanto, que el cristiano sometido a cualquiera tribulación gime con esa fórmula, con ella llora, por ella comienza, en ella se para y por ella termina la oración. Era menester valerse de palabras para imprimir en nuestra memoria las realidades mismas (*ep* 130,11,21).

139. Todas las demás palabras que digamos, ya las que formula el fervor precedente hasta adquirir conciencia clara, ya las que considera luego para crecer, no dicen otra cosa sino lo que se contiene en la oración dominical, si es que rezamos bien y apropiadamente. Y quien dice algo que no quepa dentro de esta oración evangélica, ora carnalmente, aunque no ore ilícitamente. Y aún no se como puede ser lícito, cuando los renacidos en el espíritu no han de orar sino espiritualmente... Si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, nada hallarás, según

creo, que no esté contenido y encerrado en la oración dominical. Por eso hay libertad para repetir en la oración las mismas cosas con diversas palabras; pero, en cambio, no hay libertad para decir cosas distintas (*ep* 130,12,22).

140. Esto es lo que sin sombra de duda hemos de pedir para nosotros, para los nuestros, para los extraños y para los mismos enemigos, aunque uno pide por éste, otro pide por aquél, según sean sus relaciones o la lejanía de su familiaridad, mientras en el corazón del que ora haya y arda el afecto. En cambio, supongamos que en la oración alguien repite, por ejemplo: «Señor, multiplica mis riquezas»..., «hazme poderoso y célebre en este mundo», o cosas parecidas; supongamos que dice eso por la concupiscencia que siente hacia esos bienes y no por el provecho que pueden traer a los hombres según la voluntad de Dios; seguramente no hallará en la oración dominical una sentencia a la que ajustar su petición. Vergüenza debiera darle pedir eso, si no le da vergüenza el apetecerlo; y si es que le da vergüenza, pero le domina la apetencia, mucho mejor será que pida al Señor que le libre de su concupiscencia, diciéndole: *Mas libranos de mal* (*ep* 13),12,23).

141. Si no oráis, no tendréis esperanza. Si oráis de distinto modo que enseñó el Maestro, no

seréis oídos. Si mentís en la oración, no suplicáis. Luego se ha de orar y se ha de decir la verdad; y ha de orarse como Dios enseñó. Quieras o no, todos los días has de decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Lc 11,4). ¿Quieres decirlo lleno de confianza? Haz lo que dices (*in Ps 103,s.1,19*).

Postura y lugar apropiados para la oración

142. No hay prescrita postura corporal para la oración, con tal que el espíritu, puesto en la presencia divina, cumpla su intención. Porque oramos de pie, como está escrito: *Mas el publicano estaba en pie retirado* (Lc 18,13); oramos de rodillas, según leemos en los Hechos de los Apóstoles, y sentados, según los ejemplos de David y Elías. Y si no orásemos aun acostados, no se diría en el Salmo: *Lavaré todas las noches mi cama y regaré con lágrimas mi estrado* (Ps 6,7). Efectivamente, cuando uno quiere orar, coloca su cuerpo y toma, según las circunstancias del tiempo, la posición más conveniente para despertar la devoción (*de div quaest ad Simpl II,q.4*).

143. Pero es muy difícil ver a Cristo en el bullicio de la turba. Es exigencia de nuestra mente una cierta soledad; Dios se deja ver en la soledad de la intención. La turba hace ruido, y esta visión

exige que haya silencio. *Coge tu camilla* (Ioan 5,8)... y camina hasta que llegues. No busques a Jesús en medio de la turba; no es uno de tantos, es superior a todo lo que es turba. Aquel pez grande salió el primero del mar y, sentado en los cielos, intercede por nosotros: como el gran sacerdote, entró solo en las intimidades e interioridades del velo; la turba quedó fuera en pie. Anda..., tú que solías ser llevado. Tú no conoces todavía a Jesús, todavía no ves a Jesús. Pero ¿qué sigue a continuación? Como él (el paralítico curado del Evangelio) no se cansó de llevar su camilla ni de andar, *lo vio luego Jesús en el templo* (ibid 14). Dentro de la gente no le vio el enfermo, le vio en el templo. El Señor Jesús, en cambio, le vio dentro de la turba y en el templo. Mas aquel enfermo no le conoció en medio de la turba, sino en el templo. Llega, pues, él al Señor: lo vio en el templo, lo vio en el lugar sagrado, en el lugar santo (*in Ioan 17,11*).

VIII. LA ORACION CONTINUA DE LA VIDA

Al vincular la oración como actitud con el deseo de Dios, San Agustín, frente a otras interpretaciones polémicas de carácter limitativo, anticipa una explicación consecuente, la más razonable, sin duda, de las palabras de Cristo: *Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). Basta tener un deseo constante de Dios, fin último de nuestras aspiraciones y objeto de la bienaventuranza, para, como quería el Apóstol, orar sin interrupción (1 Tes 5,17); algo imposible de cumplir cuando el precepto se entiende en sentido literal. Pero el problema deja de ser inquietante, si pensamos que orar siempre equivale a desear siempre a Dios. Sólo desde esta perspectiva es viable en la práctica el cumplimiento de la oración ininterrumpida, compatible del todo con el trabajo y demás ocupaciones de la vida cotidiana del creyente. El vivir en cristiano se convierte entonces en continua alabanza divina. Para el Obispo de Hipona andan juntas la vida y la oración, incluyendo en ella la invocación y la alabanza, que es tan continua como el existir hecho él

mismo oración. La vida cristiana adquiere, según esto, un relieve singular de ofrenda permanente en cuanto sacrificio de las buenas obras, «sin las cuales no debe en absoluto transcurrir (*serm Morin* 16,8), antecedente y consecuencia obligada de la oración sincera, la cual resume a su vez «todas las reglas del deseo de perfección»c (*de perfect iust hom* 8,18), y cuyas alas que sustentan su vuelo son la humildad y la caridad, el ayuno y la limosna, la templanza y el perdón (*serm* 206,3).

El cristiano ora sin interrupción cuando, a impulsos del deseo divino, inmola a Dios su corazón (*serm Morin* 16,7), y convierte su vida en cántico perenne de alabanza. Quien vive cristianamente invoca y alaba a Dios de continuo, en sus palabras y pensamientos, en sus costumbres y obras.

«Es preciso orar siempre»

144. Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración. No en vano dijo el Apóstol: *Orad sin cesar* (1 Tes 5,17). Pero ¿acaso nos arrodillamos, nos postramos y levantamos las manos ininterrumpidamente, y por eso se dice: *Orad sin cesar*? Si decimos que oramos así, creo que no podemos hacer esto sin interrupción. Existe otra oración interior y continua, cual es el deseo. Cualquier cosa que hagas, si deseas aquel sábado, no interrumpes la oración. Si no

quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo; tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua. Callas si dejas de amar... El frío de la caridad es el silencio del corazón, y el fuego del amor, el clamor del corazón. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas; si clamas siempre, siempre deseas; si deseas, te acuerdas del descanso. Pero es conveniente que sepas delante de quien debe estar el rugido del corazón. Considera ya qué deseo debes tener delante de la presencia de Dios (*in Ps 37,14*).

145. El deseo ora siempre, aunque calle la lengua. Si siempre deseas, siempre oras. ¿Cuándo se adormece la oración? Cuando se enfría el deseo (*serm 80,7*).

146. ¿Quién, pues, permanece alabando al Señor continuamente? Te sugiero un medio para que, si quieres, alabes perpetuamente a Dios. Todo lo que hagas hazlo bien, y así alabaste a Dios. Cuando cantas un himno alabas a Dios. ¿Y qué hace tu lengua si no alaba al mismo tiempo tu corazón? ¿Cesaste de cantar el himno y te alejas para reponer tus fuerzas? No te embriagues y alabaste a Dios. ¿Te recoges a dormir? No te levantes para obrar el mal y alabaste a Dios. ¿Eres comerciante? No cometas fraude, y alabaste a Dios. ¿Eres agricultor? No litigues, y alabaste a Dios. Prepárate con la inocencia de tus obras

para alabar a Dios perpétuamente (*in Ps 34,s.2,16*).

147. Desearía saber en qué se ocupan los que rehusan el trabajo corporal. En oraciones, dicen, salmodias, lecturas y contemplación de la palabra divina. Santas son esas ocupaciones y laudables en la suavidad de Cristo. Pero, si no hubiésemos de interrumpirlas, ni hemos de comer ni preparar los alimentos cada día para poderlos servir y tomar. Supongamos que algún quebranto de salud obliga a los siervos de Dios a emplearse exclusivamente en dichas ocupaciones. ¿Por qué no hemos de reservar otras temporadas a obedecer los preceptos apostólicos? Dios escucha una sola oración del obediente antes que diez mil del rebelde. El cantar himnos santos es perfectamente compatible con el trabajo manual; es suavizar el mismo trabajo con un sagrado sonsonete. ¿Acaso no vemos cómo los artesanos emplean el corazón y la lengua en vanidades y aún en torpezas fabulosas del teatro sin quitar la mano a la labor? ¿Qué le impide al siervo de Dios durante su trabajo manual el meditar en la ley del Señor y salmodiar en el nombre de Dios Altísimo, con tal que le quede tiempo para aprender de memoria lo que después ha de cantar? (*de opere monach 17,20*).

148. Pues no expresamos personalmente las

alabanzas del Señor sólo con la lengua, de modo que cuando callamos no alabamos, sino que en todos nuestros pensamientos, en todas nuestras acciones y buenas costumbres alabamos a aquél de quien con gozo hemos recibido tales cosas... Y puesto que todos los bienes nos llegan de Dios, cuando pensamos en el dador de todos esos bienes, estamos alabando a Dios sin cesar. Puesto que, si vivimos bien, alabamos a Dios sin cesar, bendigamos al Señor en todo momento y, en consecuencia, su alabanza estará siempre en nuestra boca (*sermo Frangipane* 9,1).

Alabar a Dios en todas las situaciones

149. Clama con la voz si hay hombre que oiga; calla con la voz si no hay hombre que oiga; a tus entrañas jamás les falta quien las oiga. Ya hace tiempo que resonaba la bendición de nuestra boca cantando estas mismas palabras: *Bendice, alma mía, al Señor, y todas mis entrañas a tu santo nombre* (Ps 102,1). Hemos cantado el tiempo conveniente, y hemos callado. Pero ¿por ventura deben callar nuestras entrañas de bendecir al Señor? Alterne a su debido tiempo el sonido de la voz, pero sea eterno el de las entrañas. Cuando acudes a la Iglesia para cantar los himnos, tu voz pronuncia las alabanzas de Dios. Cantaste cuanto pudiste y te marchaste; pero cante tu alma las

alabanzas de Dios. ¿Te hallas ocupado en negocios? Bendiga tu alma a Dios. ¿Comes? Oye lo que dice el Apóstol: *Ya comáis, ya bebáis, haced todas las cosas para gloria de Dios* (1 Cor 10,31). Me atrevo a decir: cuando duermes, bendiga tu alma al Señor... La voz de tu alma en el sueño sea tu inocencia (*in Ps 102,2*).

150. Dios quiere ser alabado, pero para que tú te beneficies, no para ser Él ensalzado. Nada hay en absoluto que se le retribuya, y lo que Él exige, no lo exige para sí, sino para ti; a ti te aprovechará, para ti se te reserva. No desea esto de ti para engrandecerse Él, sino para llevarte a ti a Él... Retribuye, si puedes, algo de tu patrimonio. Diré que no, no lo hagas; no retribuyas de lo tuyo. Dios no quiere ser retribuido con las cosas de tu patrimonio. Si retribuyes con lo que posees, retribuyes el pecado. Pues todas las cosas buenas que tienes, lastienes de Él. Tú únicamente tienes tuyo el pecado. No quiere ser retribuido con lo tuyo, sino con lo suyo... Retribuye verdad, alaba al Señor en verdad; si con lo tuyo quieres alabarle, mentirás. *El que habla de lo suyo, habla mentira* (Ioan 8,44). Si alguno habla mentira, habla de lo suyo. El que habla verdad, habla de Dios... Luego bendiga tu alma al Señor de suerte que no se olvide de todos sus beneficios (*in Ps 102,4*).

151. Si alabo la misericordia cuando todo va

bien, ¿vituperaré la crueldad cuando me va mal? No. Cuando te va bien, alaba la misericordia, y cuando te va mal, alaba la verdad, pues porque castiga los pecados no es inicuo. Cuando oraba Daniel, se hallaba en la noche, en la cautividad de Jerusalén, en poder de los enemigos. Entonces soportaban inmensos males los santos; entonces el mismo Daniel fue arrojado a los leones... Cuando el pueblo de Israel sufría estas calamidades en la cautividad era la noche. Durante la noche, Daniel confesaba la verdad de Dios, diciendo en su corazón: *Hemos pecado, hemos obrado impiamente, hemos cometido iniquidad; a ti Señor, la gloria; a nosotros, la confusión* (Dan 9,5.7). El anunciaba la verdad de Dios durante la noche. ¿Qué significa «anunciar la verdad de Dios durante la noche»? Que, si padeces algún mal, no se lo atribuyas a Dios, sino a tus pecados. Atribúyete a Él la corrección *para que anuncies por la mañana su misericordia, y su verdad por la noche* (Ps 91,3). Al anunciar su misericordia por la mañana y su verdad por la noche, alabas continuamente a Dios; siempre le confiesas y salmodias su nombre (*in Ps 91,4*).

152. No cantan estas cosas los que se tienen por grandes; no cantan estas cosas los que, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios o no le tributaron gracias; se alaban a sí mismos, no a Dios; por eso no fueron niños. Prefieren en-

salzar su nombre antes que alabar el nombre del Señor... Pero como parece que la niñez simboliza la humildad, a la cual se opone la grandeza vana y falsa de la soberbia, y por eso únicamente alaban al Señor los niños, puesto que los soberbios no saben alabarle, sea vuestra vejez pueril, y vuestra puericia, senil; es decir, vuestra sabiduría no se junte con la soberbia, ni vuestra humildad esté desprovista de sabiduría, para que así alabéis al Señor desde ahora y hasta el siglo (*in Ps 112,1-2*).

«Cante la voz, cante la vida, canten las obras»

153. Pero alabad, por lo que toca a vosotros, íntegramente; es decir no sólo alabe a Dios la lengua y la voz, sino también vuestra conciencia, vuestra vida y vuestros hechos. En efecto, ahora alabamos cuando nos hallamos congregados en la Iglesia; pero, cuando cada uno va a su casa, parece que deja de alabar a Dios. No deje de vivir bien, y siempre alabará al Señor. Dejas de alabar a Dios cuando te apartas de la justicia y de aquello que a Él le agrada. Pero, si no te apartas jamás de la vida buena, aunque calle tu lengua, voceas tu vida, y el oído de Dios está atento a tu corazón. Pues así como nuestros oídos atienden a nuestras voces, igualmente el oído de Dios atiende a nuestros sentimientos. Y no puede acontecer

que obre mal el que tiene buenos sentimientos...

Cuando alabéis a Dios, alabadle íntegramente: cante la voz, cante la vida, canten las obras. Y, así persiste todavía el gemido, la tribulación, la tentación, esperad; todas estas cosas pasarán, y llegará aquel día en que alabaremos sin descanso (*in Ps 148,2*).

154. Levantemos también nosotros nuestras manos en la oración, pues no se equivocarán nuestras manos levantadas a Dios si se ejercitan en las buenas obras. ¿Qué hace el que levanta las manos? ¿En dónde se nos manda que oremos a Dios con las manos en alto? El Apóstol dice: *Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar levantando las manos puras, sin ira y sin disputa* (1 Tim 2,8). Cuando levantas las manos a Dios, recuerda tus obras, ya que, cuando se elevan estas manos para pedir lo que quieres, debes pensar ejercitar las mismas manos en las buenas obras a fin de que no se avergüencen de ser levantadas a Dios (*in Ps 62,13*).

155. *Quieres que sea grata la alabanza a tu Dios?* No interrumpan las malas costumbres tus buenos cánticos. *Grata es la alabanza a nuestro Dios* (Ps 146,1). ¿Qué dijo? Que quienes alabáis vivid bien. La alabanza de los impíos desagrade a Dios. Él atiende más a cómo vives que a cómo cantas. Sin duda, quieres tener paz con Aquél a

quien alabas. Pero, ¿cómo la podrás tener con Él, cuando contigo mismo no la tienes. «¿Cómo no la tengo conmigo mismo?» Porque una cosa profiere la lengua y otra demuestra la vida... La alabanza puede ser grata al hombre cuando oye alabar con armoniosas y agudas sentencias y dulce voz al loador. Pero sólo es grata a nuestro Dios la alabanza que se basa en el buen vivir, puesto que El aplica el oído, no a la boca, sino al corazón; no a la lengua, sino a la vida del que alaba (*in Ps* 146,3).

156. Yo ya canto, me dices. Cantas; es cierto que cantas, lo oigo. Pero no sea la vida un testimonio contra la lengua. Cantad con vuestras voces, cantad con los corazones; cantad con las bocas, cantad con las costumbres: *cantad al Señor un cántico nuevo*. ¿Buscáis qué celebrar de aquél a quien amáis? Sin duda quieres celebrar cantando algo de aquél a quien amas. Buscas sus alabanzas para cantarlas. Eschuchasteis: *Cantad al Señor un cántico nuevo*. ¿Buscáis alabanzas? *Su alabanza está en la Iglesia de los santos* (*Ps* 149,1). La alabanza del cantar es el mismo cantor. ¿Queréis entonar alabanzas a Dios? Sed vosotros lo que decís. Sois su alabanza si vivís bien (*serm* 34,3,6).

El cántico nuevo de la vida cristiana

157. Alabemos al Señor con la palabra, la mente y las buenas obras; y le cantemos un cántico nuevo. El hombre viejo canta cántico viejo; el nuevo, cántico nuevo... Todo el que ama las cosas terrenas, canta cántico viejo. El que quiera cantar cántico nuevo, ame las cosas eternas. El mismo amor es nuevo y eterno; es siempre nuevo, porque jamás envejece... El hombre envejeció por el pecado, pero se renovó por la gracia. Todos los que se renuevan en Cristo con el fin de comenzar a pertenecer a la vida eterna, cantan el cántico nuevo (*in Ps 149,1*).

158. Pero no cante tu voz únicamente las alabanzas de Dios, sino que tus obras concuerden con ella. Cuando cantas con la boca, callas algún tiempo; canta con la vida de modo que no calles nunca. Te entregas al negocio y piensas en el fraude; callaste la alabanza de Dios; y, lo que es mucho más grave, no sólo callaste la alabanza, sino que viniste a parar a las blasfemias. Cuando Dios es alabado por tu obra buena, alabas a Dios con tu obra, y, cuando Dios es ultrajado por tu obra mala, ultrajas a Dios con tu obra. Canta con la voz por lo que se refiere a los oídos, pero no calles con el corazón, no calles con la vida... Luego, si alabas, canta no sólo con la lengua, sino también tomando el salterio de las buenas obras:

porque el salterio es bueno. Alabas cuando comercias, alabas cuando comes y bebes, alabas cuando descansas en el lecho, alabas cuando duermes. ¿Cuándo no alabas?

Pero esta alabanza de Dios se perfeccionará en nosotros cuando llegemos a aquella ciudad, cuando hayamos sido hechos iguales a los ángeles de Dios, cuando ninguna necesidad corporal nos atormente por parte alguna, cuando ni el hambre ni la sed nos turben, ni el calor nos fatigue, ni el frío nos entumezca, ni la fiebre nos haga guardar cama, ni la muerte acabe con nosotros. Nos ejercitaremos para aquella perfectísima alabanza con esta alabanza de las buenas obras (*in Ps 146,2*).

159. Cuanto hagas, hazlo con regocijo; entonces obras el bien y por cierto bien. Si obras con tristeza, no obras tú, sino que se obra en ti, y, por tanto, más bien transportas el salterio que cantas. *En el salterio de diez cuerdas con cántico en la cítara* (*Ps 91,5*), esto es, con la palabra y con la obra. *Con cántico* significa con la palabra, y *con cítara*, con la obra. Si pronuncias sólo palabras, únicamente tienes el cántico. Por tanto, si quieres tener cántico con cítara, habla bien y obra bien (*in Ps 91,5*).

160. Esto te sucederá si, cuando cantas el *aleluya*, alargas el pan al hambriento, vistes al desnudo y recibes al peregrino, pues entonces no

sólo sonará la voz, sino que la acompañarán las manos, porque las obras concuerdan con las voces (*in Ps 149,8*).

Las alas de la oración

161. ¡Con qué celeridad se reciben en el cielo las oraciones de los que obran bien! Y esta bondad del hombre en la vida presente es el ayuno, la limosna, la plegaria. ¿Quieres que tu oración vuele a Dios? Dóotala de dos alas: del ayuno y de la limosna (*in Ps 42,8*).

162. Añadamos a nuestras oraciones la limosna y el ayuno, cual alas de la piedad con las que puedan llegar más fácilmente hasta Dios (*serm 206,2*).

163. Mucho ayudan efectivamente a la oración los ayunos, la mortificación de la concupiscencia carnal, sin dañar a la salud, y principalmente las limosnas para que podamos decir: *En el día de mi tribulación busqué al Señor, con mis manos por la noche en su presencia, y no fui defraudado* (Ps 76,3). ¿Cómo se ha de buscar con las manos al Señor, que es impalpable e incorporeal, si no se le busca con las obras? (*ep 130,13,24*).

164. De esta forma, nuestra oración, hecha con humildad y caridad, con ayuno y limosnas, templanza y perdón, practicando el bien y no devolviendo mal por mal, alejándonos del mal y entregándonos a la virtud, busca la paz y la consigue. La oración, en efecto, ayudada con las alas de tales virtudes, vuela y llega más fácilmente al cielo (*serm* 206,3).

165. El Señor dijo en el Evangelio: *Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos* (Mt 6,1), a fin de que nosotros no andemos nuestra peregrinación con fines de gloria humana. Pues bien, en la explicación de la misma justicia indicó solamente estas tres cosas: el ayuno, la limosna y la oración. Esto es: el ayuno, para significar la mortificación total del cuerpo; la limosna, para significar toda benevolencia y beneficencia de dar y de perdonar; y la oración, para resumir todas las reglas del deseo de perfección (*de perfect iust hom* 8,18).

166. Nuestra oración sube al cielo con la ayuda de las piadosas limosnas y los parcos ayunos, pues no es ningún descaro que uno pida a Dios misericordia si él no la ha negado a otro hombre y si la serena mirada del corazón de quien pide no se encuentra turbada por las confusas imágenes de los deleites carnales. Sea, pues, casta nuestra oración. no sea que deseemos no lo que busca

la caridad, sino lo que ambiciona la pasión; evitemos pedir cualquier mal para los enemigos, no sea que, pudiendo dañarles o vengarnos de ellos, mostremos nuestra crueldad en la oración. Del mismo modo que nosotros alcanzamos la buena disposición para obrar mediante la limosna y el ayuno, así también nuestra misma oración se convierte en limosnera cuando se eleva no sólo por los amigos, sino hasta por los enemigos, y se abstiene de la ira, del odio y de otros vicios perniciosos (*serm* 207,3).

IX. EL OBJETO DE NUESTRAS PETICIONES

¿Cuál es al fin el objeto de nuestra oración? «Pide la vida feliz», responde el Obispo de Hipona (*ep* 130,4,9). Todas las demás razones del por qué de la plegaria cristiana quedan reducidas a esto. Pero el creyente sabe que la común aspiración de los hombres a la felicidad alcanza su cumplimiento en la vida eterna, consistente en la contemplación de los bienes divinos. Por lo que, en última instancia, el objeto de nuestras oraciones no es otra cosa que Dios mismo. Los bienes temporales son deseables y pueden ser «útil y convenientemente» pedidos en la oración siempre que hagan referencia a la única y sola vida feliz, «que se vive con Dios y de Dios» (*ep* 130,7,14). Hemos, no obstante, de evitar una doble desviación: pedir lo que no debemos y pedirlo a quien no se debe (*serm* 56,2). El desear de un modo humano los bienes temporales, riquezas, salud..., pueden constituir tantas veces una dificultad insalvable para la consecución de la bienaventuranza. Todos coincidimos también en pedir a Dios que nos libre de las molestias y tribulaciones

propias de la vida presente. En tales casos, *no sabemos lo que hemos de pedir como conviene* (Rom 8,26), pues lo mismo pueden sernos de utilidad como de extravío en nuestro peregrinaje. Ante la incertidumbre de hasta dónde las situaciones y circunstancias de este mundo atribuyen a facilitar nuestra andadura del camino de acceso a Dios, pidamos «para aquí una vida santa y para después la vida eterna» (*sermo Morin* 4,6), es decir, el don de la perseverancia final.

Puesto que debemos buscar los bienes permanentes, la vida eterna, que es Dios, constituye el objeto determinante de nuestras peticiones. Los bienes terrenos son apetecibles e integran el contenido de la oración cristiana, si de verdad no entorpecen el peregrinar perseverante del creyente hacia el cumplimiento último de sus aspiraciones: la posesión y el disfrute de Dios en la inmutabilidad de la vida eterna.

Busquemos los bienes permanentes

167. ¿Y qué diré al levantar en tu nombre mis manos? ¿Qué pediré? Ea, hermanos, cuando levantéis vuestras manos, fijaos bien lo que habéis de pedir, pues pedís al Omnipotente. Pedidle algo grande, no lo que le piden quienes no creen en Él (*in Ps* 62,14).

168. Hay dos clases de bienes, los temporales y los eternos. Los temporales son la salud, las riquezas, el honor, los amigos, la casa, los hijos, la esposa y las demás cosas de esta vida por la que peregrinamos. Situémonos en la mansión de esta vida como peregrinos de paso, no como propietarios que han de permanecer. En cambio, los bienes eternos son, ante todo, la misma vida eterna, la incorrupción y la inmortalidad de la carne y del alma, la compañía de los ángeles, la ciudad celeste, la dignidad indefectible, el Padre y la patria. El sin muerte, ella sin enemigos. Deseemos estos bienes con todo el ardor, pidámoslos con toda perseverancia, no con palabras largas, sino con el gemido como testigo... Pidamos, por tanto, con toda avidez, aquellos bienes eternos, busquémoslos con toda atención; pidamos confiados aquellos bienes. A quien los tiene, aquellos bienes le son de provecho, no pueden dañarle. Estos bienes temporales, en cambio, a veces aprovechan, a veces dañan. A muchos les fue provechosa la pobreza y les dañaron las riquezas; a muchos aprovechó la vida privada y les dañó la alta dignidad. E igualmente a muchos les benefició el dinero y les favoreció la dignidad. Fue de utilidad para quienes lo usaron bien; en cambio, el no háberselo quitado daño a quienes lo usaron mal. Por tanto, hermanos, pidamos también estos bienes temporales, pero con moderación, con la se-

guridad de que, si los recibimos, los da quien sabe lo que nos conviene (*serm* 80,7)

169. Quien despacha los negocios temporales con justicia y solicitud y, en cuanto cabe, con calma y afabilidad, quien además no se esclaviza a ellos, ni se embaraza con su muchedumbre ni se ciega con su utilidad, merece los bienes eternos... Suavicemos la preocupación de las cosas efímeras. Busquemos los bienes permanentes y seguros. Volemos por encima de todas nuestras riquezas. En la abundancia de miel es donde más necesita de sus alas la abeja, porque la miel mata a la que se pega (*ep* 15,2).

«Pide la vida feliz»

170. Ahora oye lo que has de orar, objeto principal de tu consulta, pues te impresiona lo que dice el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene* (Rom 8,26). Temes que pueda causarte mayor perjuicio el orar como no conviene que el no orar. Puedo decírtelo todo en dos palabras: pide la vida feliz. Todos los hombres quieren poseerla, pues aun los que viven pésima y airadamente no vivirían de ese modo si no creyesen que así son o pueden ser felices. ¿Qué otra cosa has de pedir, pues, sino la que buscan

los buenos y los malos, pero a la cual no llegan sino los buenos? (ep 130,4,9).

171. No necesitamos desviar la atención a muchas cosas, preguntando qué hemos de pedir y temiendo que nuestra oración proceda indebidamente, sino que más bien hemos de repetir con el Salmo: *Una cosa pedí al Señor, ésta reclamaré: que me permita habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para poder contemplar el gozo de Dios y visitar su templo* (Ps 26,4). En aquella morada no se suman los días que llegan y pasan para componer una totalidad, ni el principio de uno es el fin de otro. Todos se dan simultáneamente y sin fin, pues no tiene fin aquella vida cuyos días son. Para alcanzar esa vida bienaventurada y feliz nos enseñó a orar la misma y auténtica Vida bienaventurada (ep 130,8,15).

172. Mas quien pida al Señor aquella única cosa mencionada y la busque, pide con certidumbre y seguridad; no tema que haya obstáculo para recibir, pues sin ella de nada le servirá cualquiera otra cosa que pida como conviene. Ella es la única y sola vida feliz, contemplar el deleite del señor para siempre, dotados de la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu. Por sola ella se pide, y se piden, con decencia, las demás cosas. Quien ésta tuviere, tiene cuanto quiere; ni podrá allí querer algo que no convenga.

Allí está la fuente de la vida, cuya sed hemos de avivar en la oración mientras vivimos de esperanza. Ahora vivimos sin ver lo que esperamos, bajo las alas de Aquél ante quien presentamos nuestro deseo, para embriagarnos de la abundancia de su casa y abrevarnos en el torrente de su dicha: porque en Él está la fuente de la vida y en su resplandor hemos de ver la luz (*ep* 1130,14,27).

«No pidáis otra cosa que a Dios mismo»

173. Muchos claman al Señor atendiendo a la consecución de las riquezas y a evitar los daños. Claman por la salud de los suyos, por la estabilidad de su casa, por la felicidad temporal, por la dignidad mundana, en fin, por la misma salud corporal, que es el patrimonio de los pobres. Por esta y otras cosas semejantes muchos claman al Señor, pero apenas clama alguno por el mismo Señor. Es muy común al hombre desear cualquier cosa del Señor y no desearle a Él mismo, como si pudiese ser más agradable lo que da que Él mismo que lo da (*in Ps* 76,2).

174. ¿Qué cosa mejor que Dios se me ha de dar?... Ved que dijo: *Pedid lo que queráis* (Mt 7,7). Si el emperador te dijese: pide lo que quieras, ide qué tribunado y condado no te proclamarías Señor! ¡Cuántas cosas te propondrías dar y

recibir! Y diciéndote Dios: pide lo que quieras, ¿qué has de pedir? Agudiza tu mente, saca a relucir tu avaricia, alarga y ensancha cuanto puedas tu deseo; no te dice cualquiera, sino el omnipotente Dios: Pide lo que quieras. Si eres amante de haciendas, has de desear toda la tierra, a fin de que todos los que nacen sean tus colonos o tus servidores. Y ¿qué harás cuando poseas toda la tierra? Pedirás el mar, en el cual no puedes vivir... Pasa de aquí; pide también el aire, aunque no puedas volar; dilata tu deseo hasta el cielo; di que sea tuyo el sol, la luna, las estrellas, porque dijo el que las hizo: Pide lo que quieras. Con todo, nada encontrarás más estimable, nada hallarás más excelente que al que hizo todas las cosas. Pide al mismo que las hizo, y en Él y por Él tendrás todas las cosas que hizo. Todas son estimables, porque todas son hermosas; pero ¿qué cosa más hermosa que Él? Son potentes; pero ¿qué cosa hay más potente que Él? El no quiere otra cosa más que darse a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo. Pero si pides otra cosa, le injurias y te perjudicas a ti mismo al anteponer a Él lo que hizo Él, puesto que desea dársete a sí mismo el que lo hizo (*in Ps 34,s,1,12*).

175. Deseaste estas cosas de Él; desea, te ruego, también a Él mismo. Estas cosas no son más dulces que Él, ni deben ser comparadas a Él por ninguna razón. Luego invoca a Dios con verdad

el que prefiere al mismo Dios, de quien recibió las cosas de que goza, a los bienes que recibió (*in Ps 144,22*).

176. Dios se nos prometió a sí mismo como galardón. Busca a ver si encuentras algo mejor. Si hubiese dicho: «Nos prometió oro», te hubieras alegrado; se prometió a sí mismo, ¿y estás triste? ¿Qué tiene el rico si no tiene a Dios? No pidáis ninguna otra cosa a Dios sino a Dios mismo. Amadlo gratuitamente; esperad de Él sólo a Él mismo. No temáis la pobreza; se nos da Él mismo y nos basta. Déenos Él mismo y bastémonos (*serm 331,5,4*).

177. Porque, si deseas de Dios premios materiales, todavía estás bajo la ley y, por lo mismo, no la cumplirás. Cuando ves que abundan en bienes temporales quienes ofenden al Señor, tus piernas vacilan y dices: He aquí que yo, que doy culto a Dios, que voy todos los días a la iglesia y que tengo destrozadas las rodillas de tanto orar, estoy siempre enfermo, mientras que los homicidas, los ladrones, se gozan, viven en la abundancia y les va siempre bien. ¿Son estos los bienes que deseas de Dios? Sin embargo, tú perteneces a la ley de la gracia. Si Dios te dio la gracia, porque te la ha dado gratuitamente, ámale gratuitamente. No ames a Dios por la recompensa; sea Él tu recompensa única (*in Ioan 3,21*).

178. Escucha lo que dice alguien que sabía que, *si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? El Señor, dijo, es la porción de mi herencia* (Ps 15,5). No dijo: «¡Oh Señor!, ¿qué me darás como herencia? Cualquier cosa que me des es vil. Sé tú mi herencia; yo te amo, te amo todo entero: con todo mi corazón, con toda mi mente y con toda mi alma te amo. ¿Qué tendré, cualquier cosa que me des, fuera de ti?» Esto es amar a Dios gratuitamente, esperar a Dios de manos de Dios, apresurarse a ser llenados de Dios y saciarse de Él. Él, en efecto, es suficiente para ti; fuera de Él, ninguna otra cosa lo es (*serm 334,3*).

También los bienes temporales, objeto de la oración

179. ¿Podemos decir que son ya felices los hombres cuando han logrado salud en su persona y en la de aquellos a quienes aman? He aquí, en efecto, algo que pueden desear decentemente. Sin embargo, están aún muy distantes de la vida feliz si no poseen otros bienes mayores y mejores, más henchidos de utilidad y de nobleza (*ep 130,5,11*).

180. ¿Te place que, además de la salud temporal mencionada, deseen para sí y para los suyos honores y dignidades? En efecto, es decente el desearlos si con ello se atiende al bien de los

subordinados, si no se buscan por sí mismos, sino por el bien que de ellos proviene. No sería decente el desearlos por vana pompa de ostentación, por exhibicionismo superfluo o por una nociva vanidad. Pueden desear para sí y para los suyos esa suficiencia de medios de vida de que habla el Apóstol: *Es una gran posesión la piedad con lo suficiente...* (Tim 6,6-10). Quien desea esta suficiencia, y nada más desea a ella, nada indecente desea... Esa deseaba, y por ella oraba el que decía: *No me des riquezas ni pobreza; otórgame lo que me es necesario y suficiente, no sea que, saciado, me vuelva mentiroso y diga: «¿Quién me ve?» O, si la pobreza me estrecha, me convierta en ladrón y perjure contra el nombre de Dios* (Prov 30,8=9). Ya advertirás que esta suficiencia se desea no por ella, sino por la salud corporal y por el oportuno decoro de la persona humana, decoro que es conveniente para aquellos con quienes se ha de tratar honesta y civilmente (ep 130,6,12).

181. En todas estas cosas se apetecen por sí mismas la incolumidad del hombre y la amistad, mientras que la suficiencia de los medios necesarios de vida no se apetece por sí misma cuando se desea decentemente, sino por esos otros dos bienes mencionados. La incolumidad se refiere a la vida misma: a la salud, a la integridad del alma y del cuerpo. La amistad, por su parte, no se redu-

ce a esos estrechos límites, pues alcanza a todos los que tienen derecho al amor y a la caridad, aunque se incline hacia unos con mayor facilidad que hacia otros. Llega hasta los enemigos, pues se nos encarga el orar por ellos (*ep.* 130,6,13).

182. Sed, pues, rectos de corazón. Que en nada os desagrade Dios. No digo que no oréis. Orad cuanto podáis en la aflicción... No os decimos que no pidáis. Alguna vez se ablanda (Dios) y concede las cosas a los que las piden, y no las concede a los que no las piden. ¿Es Dios tan exigente que solamente concede las cosas a aquél que se las pide? El alma humilde se encamina hacia la grandeza de Dios, si Dios le socorre en su necesidad. Dios parece aplacarse para nuestro bien, no para su bien. Date cuenta de lo malo que resulta el que el mundo se te haya hecho dulce y que Dios te resulte ya amargo, ese Dios que hizo el mundo. ¿Acaso no has de transformarte? ¿No has de corregirte para conseguir un corazón recto? ¡Sea para ti amargo el mundo y dulce Dios! (*serm Denis* 21,9).

183. Porque, cuando pides las cosas temporales, no pides nada definitivo (*serm* 145,6).

184. En efecto, la suficiencia y la incolumidad (de los bienes temporales) hemos de desdenarlas cuando se trata de alcanzar la vida eterna.